

# EL TEATRO

DIRECTOR  
JOSÉ DEL PEROJO

PUBLICACION MENSUAL

ADMINISTRACION  
57 SANTA ENGRACIA 57



TEATRO DE LA PRINCESA.—SRTA. ANA FERRI, PRIMERA ACTRIZ

Fot. A. García







# EL TEATRO

Núm. 50

Noviembre 1904



TOURNÉE ARTÍSTICA.—M. LE BARGY, PRIMER ACTOR DE LA COMEDIA FRANCESA





## CRONICA GENERAL

**A** nadie como á los artistas de teatro puede aplicarse aquello de «vida alegre y muerte triste». Según los relatos de nuestros padres, á mediados del último siglo, Pedro Delgado, Perico Delgado, como entonces se le llamaba, era el «galán» de moda. Mimado por el público, halagado por las mujeres y envidiado por los hombres, disfrutaba de cuantos dones prodiga la fortuna á sus favoritos. Los viejos que aún viven, y que alcanzaron á verle en su apogeo, se hacen todavía lenguas ponderando la manera como representaba el Tenorio, el Diego Marsilla y el Gabriel de Espinosa de *Traidor, inconfeso y mártir*. «¡Cuánta poética vaguedad—dicen—comunicaba á la misteriosa figura creada por Zorrilla! ¡Qué majestad en sus ademanes! ¡Qué pureza en su dicción! ¡Qué gallardía al recitar los versos del gran poeta!

Yo no le había visto nunca. Hará cosa de ocho años que, con objeto de auxiliárle algo en su angustiosa situación, organizóse un beneficio en el teatro Español. La obra elegida fué *Los amantes de Teruel*. Pedro Delgado desempeñó el papel de Diego Marsilla.

Nunca he presenciado en el teatro espectáculo tan lastimoso. Imagínese el lector un anciano de setenta años haciendo esfuerzos, que resultaban impotentes, para imitar el brío y gentileza de un apasionado mozo. El público, entre burlón y compasivo, aplaudió al viejo actor... Hubiera sido más piadoso darle los productos del beneficio, evitándole el trabajo.

Pedro Delgado ha tenido por único albergue en su vejez la celda de un asilo. En él ha muerto, y su cadáver ha sido enterrado de limosna... Aplausos, coronas, ovaciones, todo había pasado, todo se había desvanecido mucho antes de que el cuerpo caduco del actor famoso recibiera cristiana sepultura en el campo santo de Sevilla.

\* \*

Sin pena ni gloria pasó en el teatro Español, la noche de la inauguración de la temporada, la comedia atribuida á Leyva y refundida por Narciso Escovar, titulada *El socorro de los mantos*. La obra de aquel ingenio, de cuya vida no hay apenas noticias, es una de las innumerables comedias de capa y espada, que en el siglo XVII se compusieron á imitación de las de Calderón de la Barca.

Correctamente escrita, pero falta de originalidad, *El socorro de los mantos* no merecía el trabajo de la refundición. Aunque ésta hubiera sido hecha con más tino y mayor esmero, no habría, de seguro, tenido mucha más fortuna de la que logró el arreglo de Narciso Escovar. Olvidada estaba *El socorro de los mantos*, y olvidada ha quedado después de su refundición.

El primer estreno en el Español ha sido el de una comedia de Linares Astray, titulada *La estirpe de Júpiter*. No estoy de ello muy seguro, pero según parece, eso de la *estirpe* se refiere á los grandes de la tierra, á los poderosos, á los que en punto á gozar de la vida, bien pueden ser considerados como descendientes de los Dioses. ¡Y vaya una familia que, por lo visto, tiene el Padre Jove! En la tal *estirpe*, el que no corre, vuela. Ellas, como las diosas del paganismo, no se desdennan de bajar de las alturas para correrla en grande con los mortales, y ellos, ó son tan tolerantes como el bueno de Vulcano con su linda esposa, ó andan á salto de mata tras de todo linaje de ninfas.

¡Y cómo hablan los descendientes del Saturnio! Sus cuchufletas y epigramas son tales, que oyéndolos no podemos menos de exclamar:

—¡Estamos en el Olimpo,  
ó en la calle de Toledo!

Me faltan datos para juzgar de la vida íntima de la alta sociedad; pero creo que á Linares, al intentar retratarla, se le ha ido el pincel, y sin pretenderlo, en vez de retrato, ha hecho una caricatura.

\* \*

Incomparablemente más sincero, y, por consiguiente, más artístico, es el delicado cuadro que los Quintero han presentado en el teatro Lara, y que actualmente es admirado por todo Madrid.

Es *El amor que pasa* un dechado de arte, en el que abundan la gracia, el ingenio y la poesía. Otro mérito tiene, además, la comedia de los Quintero: es española; españoles sus tipos, sus costumbres, sus donaires, su lenguaje. Y véase cómo los dos hermanos han demostrado que para hacer obra moderna y realmente artística, no hay que ir cazando por las literaturas extranjeras, asuntos, teorías y frases: basta cuando se es artista, con abrir los ojos y mirar en derredor. En cualquier bloque de mármol, se ha dicho, y con razón, que está la estatua. No hay más que quitarle al bloque lo que le sobra, tarea por otra parte mucho más difícil que la de hacer un muñeco con pedazos cogidos de aquí y allá.

\* \*

Al escribir estas líneas estamos en pleno, aunque breve, periodo de invasión francesa.

Durante cuatro noches Thuillier ha cedido su teatro á Jane Hading y á Mr. Le Bargy, y no hay que decir que el público selecto, entendiendo por selecto el más rico y linajudo, ha acudido á la Princesa á admirar las bellezas y filigranas del arte transpirenaico. Y, ciertamente, Le Bargy, y más todavía la Hading, son dos grandes artistas. Naturalidad,



distinción, fuerza expresiva, delicadeza para expresar lo que llaman los franceses *nuances* del sentimiento, son las cualidades que avaloran el arte de los dos comediantes franceses.

De los que les acompañan, á excepción de Le Grand, no puede decirse otro tanto. Sería exigir gollerías pedir que las compañías extranjeras fuesen completas: gracias podemos dar á que, como esta vez ha sucedido, hayan venido dos eminentes artistas y otro aunque no eminencia, muy aceptable.

En lo que no han mostrado los actores extranjeros acierto, ha sido en la elección de obras. El público de Madrid está ya más que satisfecho de *Demi-monde* y *La Etrangere*, representadas no sé cuántas veces en francés, en italiano y en español. También era conocida de nuestro público *La Chatelaine*, estrenada el año pasado en el teatro de la Princesa por la compañía de María Tubau. La única novedad, por consiguiente, que nos ha dado á conocer la *tournee* Hading-Le Bargy, es *Le retour de Jerusalem*, comedia recientemente escrita por Mauricio Donnay.

La obra es para nosotros aburrida: la tesis que en ella se plantea (la oposición que existe en Francia entre católicos y judíos), no nos interesa. Yo creo que hasta en el mismo París, aquellos larguísimos discursos sobre la cuestión semita han de resultar un poco *ennuyantes*, ó lo que aquí llamamos «latosos». Por otra parte, en la composición de la comedia hay tales descuidos, que de haberse aquella representado en castellano, no habría pasado sin protestas. No obstante lo dicho, es lo cierto que el público aplaudió, y algunas veces con entusiasmo, si no al autor, á sus intérpretes.

El argumento, explicado en pocas palabras, es el siguiente: Enriqueta, por otro nombre Judith, judía, como este segundo nombre indica, ha ido á pasar una breve temporada en casa de Michel Aubier, casado y con dos hijos. A pesar del breve tiempo que están juntos, Judith y Michel se entienden, y éste tan prendado queda de la judía, que, por seguirla, abandona familia, hijos y mujer. Jacob tardó, si mal no recuerdo, catorce años en conseguir á Rachel. A Michel le bastan catorce días. Como se ve, el amor que en los tiempos bíblicos caminaba á paso de tortuga, corre ahora en automóvil.

Unidos maritalmente los dos amantes, emprenden un viaje á Jerusalén, y al volver de la ciudad santa se plantea entre Michel y Judith el conflicto que constituye el nudo de la comedia. Este conflicto nace del antagonismo de ideas y sentimientos entre los dos amantes; cada uno de ellos es el representante de su raza; cada cual tiene los prejuicios étni-

cos, los ideales y creencias propios de su respectivo origen. Este conflicto espiritual no puede menos de traducirse en actos externos; ella considera como deber primordial la solidaridad con los suyos, los hijos de Israel. Michel tiene infiltrado en su sangre el odio á los judíos, y todas las ideas que independientemente del dogma laten en los pueblos cristianos. Esta divergencia y contradicción estalla entre aquellos dos seres que unió el amor y que la ley de raza separa.

Después de una reyerta violentísima, Judith y Michel se apartan para siempre, y cada cual sigue su camino, que para Michel es de ásperos abrojos y punzantes espinas.

Entre las cosas que más aplaudió el público que llenaba el teatro de la Princesa, fué una el parlamento en que Michel explica elocuentemente lo que para él es la patria. No está de más que por lo

menos en el teatro demos alguna vez muestras de amor patrio.

Prescindiendo ahora del mérito de las comedias representadas por los actores franceses, es lo cierto que la Hading y Le Bargy dejan en el público madrileño un recuerdo mucho más grato que el que nos dejaron Antoine y Coquelin, los cuales, como su compatriota Beltrán Dugneselin en el *Zapatero y el Rey*, debieron de pensar que

«al fin es patria Castilla de vándalos y de godos.»

La Hading y Le Bargy nos han hecho el honor de considerarnos como europeos.

\* \*

En Novedades ha habido también su estreno de emoción ó de emociones. Me refiero á un drama formidable titulado *Juan del Pueblo*. Allí hay puñaladas, robos, estrangulamientos, un parricidio y un suicidio. No es

posible pedir más en el espacio de tres actos.

Después de tan violento drama, los actores han debido de quedar, lo que se dice, reventados. Por esto, sin duda, ha cerrado sus puertas el popular teatro de la plaza de la Cebada.

Antes, para dar idea de lo tremebundo de un drama, se decía que allí moría hasta el apuntador... En el drama *Juan del Pueblo* han muerto más...; ha muerto hasta la empresa.

La que no muere, sino que camina viento en popa, es la del Moderno. Este teatro se llena todas las noches. Las obras valen poco; pero ¿qué importa? Lo que van á buscar los espectadores es la gracia de Loreto, y la incomparable artista la derrama todas las noches por arrobos.

ZEDA



D. PEDRO DELGADO  
Eminente actor dramático que falleció en Sevilla el día 2 del actual  
Fot. Aramburu





TEATRO DE LA PRINCESA.—VIRGINIA FÁBREGAS, EN «RESURRECCIÓN»  
Fot. Valletto



